

A DOSCIENTOS AÑOS DE LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

1976, hito cronológico que señala los doscientos años de la proclamación de la *Declaración de Independencia*, ha sido, lógicamente, un año en torno al cual se ha producido la aparición de importantes obras que, directa o indirectamente, han enfocado sus objetivos críticos hacia el análisis de las estructuras configuradoras de aquel importante acontecimiento. Vamos a referirnos, en conjunto, a cuatro aportaciones o investigaciones históricas que consideramos fundamentales, bien por su enfoque, como ocurre con la obra de Richard L. Merritt (1), o la apasionante de Gary B. Nash (2), ambas referidas a lo que suele considerarse, equivocadamente, «etapa prerrevolucionaria»; o bien por el propósito preeminente de mostrar los efectos participativos que el acontecimiento de la independencia norteamericana produjo en el mundo hispánico, cual es el caso del profesor de Historia Española e Hispanoamericana de la Southern California Univ., Mario Rodríguez (3), o bien por estudiar, monográficamente, desde la perspectiva de la política gubernamental española, la nueva estructura de

(1) Richard L. Merritt. *Symbols of American Community. 1735-1775*. Orig. publ. por Yale Univ., 1966. Reimpreso por Greenwood Press, 1976.

(2) Gary B. Nash. *The Urban crucible. Social change, political consciousness, and the origins of the American Revolution*, Harvard Univ. Press. Cambridge, Mass. and London, 1979.

(3) Mario Rodríguez. *La Revolución Americana de 1776 y el Mundo Hispánico. Ensayos y documentos*. Madrid, 1976. Tecnos.

la política internacional, profundamente inducida por la independencia de los Estados Unidos, tal como hace la doctora en Historia de América y colaboradora del Departamento de Historia de América de la Universidad Complutense, María Pilar Ruigómez (4).

La obra de Merritt, supone la utilización de tres métodos: el «análisis de contenido», que le ha servido para inventariar la prensa publicada en las colonias americanas entre los años límite de su investigación; el psicoanálisis, para captar los factores inconscientes de los comportamientos relacionados con la percepción y la imagen que los colonos norteamericanos tuvieron de los acontecimientos (símbolos, positivos y negativos); por último, la temporalidad (*timing of interacting change*) o tiempo de los historiadores. Por medio del análisis de contenido cuantifica la frecuencia de los símbolos inconscientes y, confrontándolos con la temporalidad, establece la cronología de los cambios de actitud. Con todo ello, nos pone en presencia del nacimiento de una conciencia nacional en los Estados Unidos, mediante el contraste entre los símbolos británicos y los norteamericanos. Una vez establecidos los indicadores de conciencia de comunidad y los «patterns» de identificación de grupo, delinea los símbolos siguientes: de identidad común británica, de identificación con la Corona, de identidad británica, de identidad común americana, tanto implícita como explícita. Para limitar los inventarios de símbolos, Merritt utiliza muestreos sobre las series largas, insistiendo de un modo particular sobre las fechas importantes. Las gráficas muestran significativas alzas masivas en la mayor parte de la prensa colonial, poniéndose así de manifiesto una toma de conciencia nacional. Se trata de una interesante preparación del terreno para la elaboración de una teoría de integración política, que el autor hace girar en torno a dos posibles hipótesis: 1) miembros no afines de una comunidad política tienden a desarrollar

(4) María Pilar Ruigómez de Hernández. *El gobierno español del despotismo ilustrado ante la independencia de los Estados Unidos. Una nueva estructura de la política internacional (1773-1783)*. Madrid, 1978. Ministerio de Asuntos Exteriores.

distintos modos de mutua comprensión, encontrando distintos focos de atención; 2) el desarrollo del sentido de comunidad entre grupos diferentes, precede a una demanda de integración funcional o política de sus instituciones.

En la misma línea, pero en una perspectiva diferente, debe situarse el libro de Gary B. Nash. Se trata de una investigación comparativa —centrada en los procesos de cambio ocurridos en Boston, New York y Filadelfia— con el propósito de investigar y comprender cómo la gente americana —especialmente los que ocupaban los puestos más bajos de la escala social— vivían y percibían los cambios ocurridos a su alrededor, y cómo, en consecuencia, cambiaban las relaciones y crecía la toma de conciencia política. Estas sistemáticas tomas de conciencia produjeron sucesivos incrementos de los niveles de opinión pública, hasta concluir en la revolución de la independencia. Por consiguiente, en esta obra se establecen procesos analíticos de historia social, pretendiendo demostrar que la revolución no fue exclusivamente un movimiento para la independencia y la formulación creadora de instituciones republicanas, sino también una agitación social que promovía «la rápida y, a menudo, violenta movilización hacia la vida pública de muchos grupos distintos», así como el desafío a los sectores sociales que controlaban los asuntos públicos y, por último, la propuesta de una larga serie de remedios para los males sociales existentes en la sociedad norteamericana. También en este libro, se ofrece un cuadro muy vivo respecto a los problemas que en los puertos del Norte de los Estados Unidos se produjeron, en relación con el crecimiento y el desarrollo comercial, de modo especial los efectos que los mismos indujeron en la reestructuración de grupos sociales, la redistribución de las riquezas, la alteración en las relaciones de trabajo y la emergencia de una toma de conciencia que promoviese la movilización de la sociedad hacia la vida política. De este modo, los sectores sociales de la población norteamericana procedieron a la definición y clarificación de sus intereses, así como a la identificación del comportamiento para su propio interés, distinguiéndolos de los que ofrecían una referencia para la comunidad.

La obra de Mario Rodríguez está dirigida a poner de relieve la poderosa interacción entre la revolución de indepen-

dencia norteamericana y el mundo hispánico, que estudia en tres grandes secciones, cada una de ellas constituida por un breve ensayo histórico, seguido de una serie de documentos relevantes en relación con el tema del ensayo. Los títulos de las tres secciones son atractivos: «El anti-colonialismo y la revolución norteamericana»; «España y el equilibrio del poder en Europa» y «La presencia de la revolución americana en el mundo hispánico». En ella hemos de observar, en primer lugar, el mantenimiento de considerables prejuicios y enormes lagunas en el conocimiento de la historia española, tanto en su vertiente peninsular, como en la americana, especialmente en lo que se refiere a los aspectos comerciales y a las bases de identificación económicas, respecto a los cuales son fundamentales las obras de Antonio García Baquero, de modo especial su monumental *Cádiz y el Atlántico*. Señala con toda razón, Mario Rodríguez, la necesidad de efectuar una mayor «investigación sobre el impacto que la Revolución Americana pueda haber tenido sobre la estrategia de los Borbones...», así como también el sentido modernizador que caracteriza el reformismo español en América. En este sentido, hemos de decir que se trata de un tema preferente de la escuela de investigación americanista de Madrid, en torno al cual yo mismo he publicado un trabajo («El bicentenario de 1776: América y la estrategia de seguridad atlántica en el reformismo español», *Revista de la Universidad Complutense*, XXVI, 107, Madrid, enero-marzo, 1977), y en este mismo comentario hago referencia al importante libro de mi más inmediata colaboradora, María Pilar Ruigómez, que considero uno de los más serios esfuerzos historiográficos de renovación investigadora y precisión conceptual, que se hayan realizado últimamente.

El libro de la doctora Ruigómez, constituye el primer esfuerzo de análisis del pensamiento político español, respecto al nacimiento de los Estados Unidos, en relación, por otra parte, con la nueva estructura de la política internacional de España y, por otra, con la política de seguridad e innovación que, a consecuencia de ello, instrumentó España en América. Las nuevas dimensiones del nacionalismo revolucionario, cuyo primer acceso al poder se produjo en los Estados Unidos, cambió significativamente los supuestos de la relación internacio-

nal y produjo el surgimiento de nuevos conceptos, rápidamente convertidos en cúspides de interés mundial y claves de la acción política y económica de los Estados europeos. La tesis —importantísima, que en este sentido se sustenta en el libro que comentamos— es que España fue la primera nación europea que, como consecuencia de su condición americanista, y bajo promoción del reformismo del «nacionalismo ilustrado» de la época de Carlos III, acomodó su política internacional a tales conceptos, elaborándolos con un sentido de alta originalidad y peculiaridad, en torno a las cuestiones de:

- regionalidad continental-marítima.
- estrategia de grandes espacios.
- seguridad continental.
- creación de «territorios» económicos.

Desde esta perspectiva, se lleva a efecto una profunda crítica de las fuentes primarias y secundarias en una doble perspectiva de temporalidad: el plazo largo con referencia a todo el siglo XVIII, caracterizado por el incremento de la vida histórica en el Atlántico, con objeto de establecer las motivaciones profundas por las rivalidades económicas y los desafíos políticos, referentes a los tres ejes históricos de la decisión: Inglaterra-Francia; España y, por último, el Valle del Misisipí. Esta historia estructural se contrapone, en un análisis de una precisión extraordinaria, con el plazo corto, el plazo de los acontecimientos, de la negociación y los acuerdos, haciendo coincidir las iniciativas con los impulsos y las gestiones.

Globalmente, creo que puede afirmarse que las cuatro obras que comentamos, suponen, en conjunto e individualizadas, decisivos cambios en la caracterización del fenómeno de la independencia norteamericana que, hasta ahora, había quedado demasiado localizado, excesivamente dependiente de un pretendido exclusivismo anti-tributario y muy vinculado a iniciativas que se suponían procedentes del mundo de ideas inglesas y francesas. En los libros comentados se produce un serio giro, en el sentido justamente contrario, o antípoda, de los que prevalecían en la historiografía. Se trata de un movimiento que debe situarse en coordenadas universales, más por sus efec-

tos que por sus orígenes; sus motivaciones son amplísimas, en un arco que abarca desde factores de reajustes antropológico-sociales, hasta planteamientos de profunda moral convivencial que, por supuesto, debe ser analizada por los más diversos sectores de la investigación histórica, desde la historia demográfica, hasta la de las mentalidades; por último, existe un desenvolvimiento de ideas que puede considerarse peculiar del ámbito colonial americano y específicamente en lo que, con toda justeza, ha sido denominado el «renacimiento» del siglo XVIII.

Mario HERNANDEZ SANCHEZ-BARBA